

LA DICTADURA Y LA POSTDICTADURA CHILENA Y  
SU CONTRARREVOLUCIÓN CULTURAL

*Grínor Rojo de la Rosa*

## GRÍNOR ROJO DE LA ROSA

Doctor en Filosofía por la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Ensayista, crítico cultural y literario, es Profesor Titular en el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, del que fue director hasta 2010, y en el Departamento de Literatura de la misma Universidad. Ha enseñado en diversas universidades de América Latina, Europa y Estados Unidos y es autor de numerosas publicaciones sobre temas de su especialidad. Su último libro se titula *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena*, vols. I y II (Santiago de Chile, LOM, 2016).

## LA DICTADURA Y LA POSTDICTADURA CHILENA Y SU CONTRARREVOLUCIÓN CULTURAL\*

Sostendré en este ensayo que al anti igualitarismo y regresivismo distributivo de los bienes materiales durante la dictadura militar chilena corresponde un anti igualitarismo y un regresivismo homólogos en lo que toca a los bienes culturales. Y sostendré además que la postdictadura (también conocida como “transición” a la democracia), aunque con morigeraciones, mantuvo, y en algunos aspectos expandió, ese estado de cosas.

Es decir que sostengo aquí que el despojo al pueblo chileno de su capital material, del que había logrado hacerse en cincuenta años de luchas sociales ininterrumpidas, fue correlativo al despojo de su capital simbólico, el que ese pueblo hizo suyo durante el mismo periodo y, más aún, que estos despojos se combinaron, potenciándose recíprocamente para la generación de lo que Tomás Moulian denomina el “Chile actual”. Puedo afirmar entonces, sin temor de equivocarme, que el gran horizonte de la dictadura militar chilena, así como también el de sus seguidores en el tramo que cubre la postdictadura, no fue únicamente la demolición de lo obrado por el gobierno de Salvador Allende en sus tres años frente al país, ni tampoco la sola contención de una crisis que estaba poniendo en peligro la convivencia nacional, como lo aseguró el Informe Rettig de 1991, donde se explicó el asalto al poder por parte de las Fuerzas Armadas como si hubiese sido el medio penoso al que debieron recurrir para detener los extremismos de la época (Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, I, 16). El horizonte era más ambicioso y consistía nada menos que en un programa de retorno, en todas las esferas de la vida pública, en la económica, en la política, en la social y en la cultural, a un cierto *statu quo ante* que puede que nunca haya existido en realidad, pero que para la oligarquía chilena era su cielo añorado y que se situaba en la primera mitad del siglo XIX.

Despojo al pueblo chileno de su capital material y despojo simultáneo de su capital cultural. Según Ricardo Ffrench-Davis, “las remuneraciones, en el período 1974-1981, promediaron apenas tres cuartos del nivel logrado en 1970” y eso “sin haber recobrado aún en 1981 el nivel alcanzado once años antes”. En el mismo sentido, anota este reputado economista que las cifras de “la distribución del gasto por hogares” indican que el quintil más pobre bajó de 7,6% en 1969 a 5,5% en

---

\* Proyecto Fondecyt N° 1160019.

1978, y a 4,4% en 1988, en tanto que el más rico subía de 44,5% a 51,0% y a 54,9% para los mismos años (Ffrench-Davis, 189 y 315).

He ahí el despojo material a través de un par de sus mediciones. E incluso si se argumenta que las políticas económicas neoliberales han conseguido que *a la larga* los pobres chilenos fuesen un poco menos pobres, también es verdad que han hecho que los ricos chilenos sean inmensamente más ricos. Porque el fin *último* de la dictadura cívico-militar chilena no era producir pobres, me interesa que eso quede aquí muy claro, aunque sea a contrapelo de lo que denuncian las cifras aducidas arriba. *El fin último de la dictadura cívico-militar chilena era producir desigualdad.* Reconstruir el ordenamiento jerárquico tradicional de los habitantes del país a través de una reinstalación de las distancias sociales, cualquiera fuese el precio. Para eso, el modelo Chicago, que propendía a una concentración de la riqueza entre los miembros del quintil más rico, era funcional. Y también para eso, el enemigo de los de Chicago, el Estado, que había sido el ente igualador por excelencia al distribuir con alguna equidad los bienes materiales y, por lo tanto, el factor democratizador por excelencia de la sociedad chilena, debía salir de la cancha. No es que el Estado chileno hubiese dejado de existir, sin embargo. Siguió existiendo, pero para adoptar todas las medidas que le facilitaran al mercado un mejor funcionamiento.

En el ámbito educacional esto mismo resulta notorio. Se recupera desde el subterráneo de los conceptos en desuso el decimonónico “libertad de enseñanza” para oponerlo al de “Estado docente”. El concepto de libertad de enseñanza, que a fines del siglo XIX le sirvió a la Iglesia Católica como bandera para mantener su injerencia sobre el aparato educacional, reaparece ahora pero no (o no solo) para servir a la Iglesia sino a todos aquellos que sentían que sus intereses particulares estaban siendo perjudicados por la acción del Estado igualador.

La transformación educacional chilena no se implementó toda ella en la década del ‘80. Con anterioridad a las grandes reformas de esa década se desmalezó el terreno para lo que vendría más tarde. La educación era para la dictadura chilena, como lo fue también para sus vecinas y cómplices en el Cono Sur y en toda Latinoamérica, una trinchera clave. Ocupándola se ganaba terreno en la “guerra contra el comunismo”. Había, en consecuencia, que extirparle a la educación chilena no solo el virus de ese comunismo (o de ese socialismo) sino que había que eliminar cualquier práctica o persona que pudiese portar el contagio: deshacer el proyecto educacional previo (el de la Escuela Nacional Unificada, ENU), que por lo demás nunca llegó a puerto; expulsar del sistema a los profesores y maestros sospechosos o desaparecerlos, si así convenía; abolir sus organizaciones gremiales y lo mismo en lo que toca a las de los estudiantes; reemplazar a las autoridades administrativas (el decreto N° 50, del 1° de octubre de 1973, acaba en las universidades con los rectores elegidos y los sustituye con rectores designados), etc. Hasta fueron prohibidos los

“centros de alumnos” y los “centros de padres y apoderados”. No contentos con eso, los organismos represivos del régimen repletaron las universidades y colegios con espías a sueldo. La delación era promovida y recompensada y sus denuncias producían despidos, cárcel y muerte.

Pero esas fueron solo, por decirlo así, las externalidades de la campaña inicial. También había que meterles mano a los contenidos. Recortar y fomentar. Recortar en/de los currícula escolares aquellas disciplinas que estimulaban la crítica y, más todavía, aquellas que les permitían a los estudiantes imaginar y pensar por su cuenta y formarse así criterios propios acerca de su vida personal y social; fomentar en vez de eso un currículum de servidumbre patriótica, que pusiera el acento en el conocimiento de y respeto por los emblemas, las efemérides y las figuras canónicas de la historia de Chile, junto con el conocimiento de y respeto por una agenda religiosa y racial que pusiera el acento en el humus hispánico y católico desde el cual los chilenos crecimos y del que los pueblos originarios no participan. El primer documento en que esto se explicita parece ser la Declaración de Principios del Gobierno de Chile, que es del 11 marzo de 1974, la que advirtiendo de entrada que “la alternativa de una sociedad de inspiración marxista debe ser rechazada por Chile, dado su carácter totalitario y anulador de la persona humana, todo lo cual contradice nuestra tradición cristiana e hispánica”, promete para el porvenir “una educación que fomente una escala de valores morales y espirituales propios de nuestra tradición chilena y cristiana” (Declaración..., 9 y 30). Otros documentos posteriores, del ‘75 y del ‘76, por ejemplo, van a ser aún más específicos al respecto.

Con la Directiva Presidencial sobre Educación Nacional, de 1979, firmada por Pinochet y publicada junto con una carta al ministro Gonzalo Vial, carta esa en la que el dictador precisa que las obligaciones del Estado en la materia se reducen a la educación básica, formadora de “buenos trabajadores, buenos ciudadanos y buenos patriotas”, habida cuenta de que el paso a la educación media y a la superior “constituye una situación de excepción” (Pinochet, 1979), se cierra esta etapa. Otra que la continúa y perfecciona es la que se expone en la Constitución del ‘80, cuyos incisos 10 y 11 del artículo 19 se refieren a la cuestión educacional. De allí arrancan las reformas educacionales de los ‘80 y de las que Alejandra Falabella nos ofrece un buen resumen:

“i) incentivar la libre entrada de instituciones privadas a la educación (incluidas aquellas con fines de lucro); ii) transferir la administración centralizada de los establecimientos públicos a los municipios; iii) sustituir un financiamiento estable de las escuelas por uno competitivo por alumno (voucher) y equiparar el subsidio del sector privado al de las escuelas fiscales; iv) cambiar el estatus docente de

funcionario público a un régimen de empleado que negocia individualmente sus condiciones; v) crear una prueba nacional estandarizada” (Falabella, 703).

Municipalización de la educación primaria y secundaria y municipalización del trabajo y el salario de los profesores, y cambio en la asignación de los recursos fiscales de manera de provocar la competencia entre las escuelas asignándoles a estas los subsidios del Estado según la demanda de que eran objeto sus servicios, lo que presuntamente demostraba su calidad. Las que lograran satisfacer un mayor número de clientes recibirían más dinero. Además, subsidios al sector privado, los que se extienden al sector privado con fines de lucro. Quedaba pendiente aún la intervención de las universidades, que se hizo un poco después. De las ocho universidades que existían en Chile en 1981, dos de ellas eran estatales y nacionales y seis privadas. En 1981 sobreviene el desmembramiento de la Universidad de Chile y la Técnica del Estado y, por consiguiente, el término de su carácter nacional. Entre octubre de 1988 y noviembre de 1989 se agregan al sistema quince universidades privadas y otras seis más entre fines del ‘89 y marzo del ‘90.

Para la derecha política, lo que la dictadura hizo en educación a principios de la década del ‘80 fue “modernizar” el sistema. En algunos pasajes marcados del comentario que el ideólogo de la derecha educacional Harald Beyer y dos de sus asociadas hicieron a un libro que editó Juan Eduardo García Huidobro en 2001, se incluyen frases como que “la nueva forma de asignar los recursos dejaba a todas las escuelas en igualdad de condiciones”, que “la idea de dicha reforma era que el control de los recursos públicos, por así decirlo, quedaba en manos de las familias”, que “la apertura a establecimientos con fines de lucro, que hasta el día de hoy es fuente de controversia, hay que entenderla seguramente como una manera de hacer más dinámica la oferta” y que “se veía en la competencia por alumnos una sólida base para elevar la calidad de la educación” (Beyer et al., 294). Estas frases y varias más cuyas citas me ahorro son expresivas de una nostalgia y una melancolía.

Con todo, la contrarrevolución neoliberal logró que la educación dejara de ser en Chile un derecho y se transformara en un bien de mercado. Consistentemente, la finalidad del esfuerzo educacional dejó de ser la formación integral de los jóvenes, su desarrollo como sujetos y ciudadanos plenos, y se convirtió en un arma para la formación de mano de obra barata o, como ha escrito Carlos Ruiz Schneider, del “mínimo funcional al desempeño productivo” (Ruiz Schneider, 104).

En paralelo, en el ámbito que los burócratas reconocen como de la “cultura” y que no es otra cosa que el género próximo dentro del cual debe incluirse la especie “educación”, las directrices iniciales se encuentran en un folleto titulado Política Cultural del Gobierno de Chile, de 1974. Contiene ese folleto un discurso xenófobo, con seguridad salido de la pluma del “asesor cultural” de Pinochet, Enrique

Campos Menéndez (1914-2007). Los tópicos son los consabidos: el argumento a favor de una cultura que se arraiga en la “tradición occidental y cristiana”, pero que al mismo tiempo se confiesa férreamente nacionalista y que por eso abomina del “extranjerismo”. A ello, el redactor del panfleto le adosa un componente (me imagino que este es un gracioso saludo que él les hace a sus patrones militares y, en particular, a Pinochet) geopolítico.

Respecto de la estética de la vida cotidiana, junto con el blanqueamiento de los muros de la ciudad para borrarles las consignas y rayados reminiscentes del gobierno anterior, se procede a un blanqueamiento de la apariencia de los ciudadanos:

“un instructivo de la Dirección de Educación Secundaria definió normas sobre presentación personal. Entre las regulaciones de carácter estético-higiénico y de seguridad planteadas por la directora de esa entidad, Irma Saavedra, figuraban ‘la total exclusión del pelo largo en los varones; un rostro limpio de todo maquillaje, nada de adornos colgados al cuello y la total prohibición de usar zuecos para concurrir a clases por parte de las alumnas’. Más aún, según esta norma, el pelo no solamente debía estar cortado de manera que se pudiera apreciar fácilmente la limpieza del cuello de la alumna, sino que debía ‘estar cuidadosamente peinado. Nada de chasquillas o mechones en la frente, o cabelleras al viento’. La medida llegó incluso a sugerir que a los ciudadanos chilenos o extranjeros que tuvieran el pelo largo no se les permitiera realizar el trámite para sacar carné de identidad y papel de antecedentes” (Errázuriz y Leiva, 24).

Eradicación del desorden y la suciedad, una metáfora que es homóloga a la metáfora médica, la que llamaba a extirpar quirúrgicamente el cáncer marxista del cuerpo social enfermo. No es raro que con esta concepción del deber ser (y del deber aparecer) de los ciudadanos se hayan producido también en Chile actos de violencia contra los productores de cultura y sus obras, idénticos a los que se produjeron en Brasil y Argentina: censura de publicaciones, quema de libros y galerías de arte, cierre de teatros, destrucción de películas, destrucción de monumentos y murales, persecución, exilio y asesinato. Eso (y esos) era/n sucio/s y había que “limpiarlo/s” (o, mejor dicho, había que “extirparlo/s”).

No voy yo a perder mi tiempo en una revisión pormenorizada de estas aberraciones. Pero sí voy a decir que frente a los múltiples desenfrenos del régimen militar chileno en el ámbito de la cultura el ánimo resistente no decayó. Por ejemplo, a mediados de los ‘70 se suscita un confuso revuelo en torno a lo que se denominó el “apagón cultural” del país, evidenciado este en los bajos resultados de las pruebas estándar de evaluación escolar, que el gobierno admitió y que atribuyó a la politización de los alumnos. Pero los opositores recogieron el guante, contraatacando

con la triste evidencia: el apagón cultural existía en efecto, pero no obedecía a las causas que daba el gobierno sino a la mordaza directa e indirecta impuesta sobre los productores de cultura (mordaza directa ya se sabe de qué manera/s y la indirecta a través de la aplicación de un IVA del 20% a los libros, entre otros despropósitos que han sobrevivido hasta hoy), así como al hecho indesmentible de que buena parte de esos productores chilenos de cultura estaban en el exilio<sup>11</sup>.

En la cultura del interior, un contraataque temprano a este estado de cosas se descubre en una muestra de 1975 del pintor Guillermo Núñez (1930), en el Instituto Chileno Francés de Cultura, que duró un día apenas y que a Núñez le costó la cárcel y el destierro. El motivo de sus transgresiones pictóricas eran unos pájaros enjaulados. También, en la segunda mitad de los '70, contra viento y marea se suceden varios estrenos teatrales indiscretos: *Pedro, Juan y Diego*, del colectivo ICTUS con la colaboración de David Benavente (1941), en 1976; *Los payasos de la esperanza*, del Taller de Investigación Teatral (TIT), en el que Raúl Osorio y Mauricio Pesutic desempeñaron la función de “compaginadores”, en 1977; *¿Cuántos años tiene un día?* también de ICTUS pero con el concurso esta vez de Sergio Vodanovic (1926-2001), en 1978; y *Tres Marías y una Rosa*, del TIT y David Benavente, en 1979.

Dejo constancia aquí asimismo de la formación del Círculo de Estudios de la Mujer en la Academia de Humanismo Cristiano, en 1977, de la actuación de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) desde 1977 hasta 1981, y de la labor de Ad Mapu, el centro cultural que reunió las organizaciones mapuche a partir de 1978, el mismo año en que Pinochet dictó el decreto ley 2.568 con el que negaba que hubiera indios en Chile. Un grupo que surge, asimismo, en medio de este temprano afán contestatario es la Escena de Avanzada o Colectivo de Acciones de Arte (grupo CADA), que se fundó al finalizar la década, en el '79, reuniendo escritores y artistas plásticos con una voluntad expresa de intervención ciudadana. Figuras relevantes dentro del CADA y excelentes escritores ambos, tal vez los de mayor significación entre aquellos que permanecieron en Chile después del golpe, son Diamela Eltit (1949- ), cuya primera novela, *Lumpérica*, es de 1983, y el poeta Raúl Zurita (1950- ), que publica su primer libro, *Purgatorio*, en 1979.

Por otra parte, observo que la visión nacionalista a lo Campos Menéndez, es decir, aquella que abominaba de los “extranjerismos”, se vio cada vez más desafiada desde adentro por otra que era su contraria, ya que en concordancia con la reconexión de Chile con el mundo, había empezado a dárseles cabida a las importaciones de cultura. Cultura chatarra envasada, de cuya diseminación, aunque no fuesen los

---

1. La cultura chilena del exilio constituye un capítulo por sí mismo, de enorme importancia pero que yo no puedo desarrollar aquí como es debido.

únicos, los canales televisivos, que habían pertenecido a las universidades desde 1958 y al Estado desde 1970, fueron los responsables principales. Se dio comienzo, de este modo, a un proceso que irónicamente se selló con el advenimiento de la democracia postdictatorial. Me refiero al traspaso de la televisión chilena a los privados, iniciada pero no completada por Pinochet, tal vez porque él y sus secuaces se daban cuenta del poder de este medio. Se completó durante el gobierno del presidente demócratacristiano Patricio Aylwin (1918-2016) cuando, con el pretexto de que la mejor política comunicacional de un gobierno democrático era “no tener política comunicacional” (Tironi, 19), el canal 9 del Estado fue vendido a la empresa Megavisión.

Pero como ya lo he señalado, el objetivo profundo de las reformas pinochetistas, *de todas las reformas pinochetistas*, fue un objetivo de clase. Recomponer las estructuras de sustentación de la vida material de los chilenos de acuerdo con un programa económico anti igualitario y elaborar, a partir de la ejecución de ese programa y con más empeño aún, el argumento conceptual para un recobro del *apartheid* clasista. Cambiar el país, pero, más importante que eso, cambiarle la cabeza a la población del país, haciéndola entender quiénes eran sus superiores y por qué mediante una campaña en cuya plataforma ideológica se daban la mano el señorialismo oligárquico con el afán jerarquizador neofascista y con la lógica inequitativa del modelo económico neoliberal.

¿Cuáles fueron sus resultados a corto, mediano y largo plazo? En el costado de la dictadura, una tensión permanente entre la “cultura patriótica” y la “mediática de importación”, que conviven haciendo esfuerzos para no estorbarse y en ocasiones también para apoyarse. Un programa televisivo como *Sábados Gigantes*, de Don Francisco (Mario Kreutzberger, 1940- ), en el Canal 13 de la Universidad Católica, que se inició en 1962 y se mantuvo en la programación durante el periodo dictatorial completo, hasta 1992, obteniendo cifras históricas de audiencia (en 1986 y 1987 llegó a transmitirse durante siete horas seguidas), es un buen ejemplo de dicha convergencia. Don Francisco les muestra a los televidentes un país en calma, en el que nada verdaderamente malo acontece y donde incluso las personas son capaces de olvidarse de sus desavenencias, colaborando en los momentos de crisis al interior de un solo cuerpo patrio. Todo ello mientras la dictadura tortura y mata y mientras que al mismo Don Francisco lo auspician los grupos económicos que son los beneficiarios de semejantes desmanes. En el costado de los opositores, por el contrario, el empeño consistió en asegurar la supervivencia de una cultura de la lucidez.

A través de numerosas expresiones, el renacimiento cultural chileno se consolida en la década del ‘80. En el teatro, donde debutan nuevos dramaturgos, Juan Radrigán (1937-2016), Marco Antonio de la Parra (1952- ), Ramón Griffiero

(1954-) y algunos más; en literatura, donde aparecen libros nuevos de Eltit y Zurita, así como de otros buenos escritores. En narrativa, los libros de Ana María del Río (1948-), Roberto Rivera (1950-), Antonio Ostornol (1954-), Ramón Díaz Eterovic (1956-) y Carlos Franz (1959-); en poesía, los de Manuel Silva Acevedo (1942-), Elvira Hernández (1951-), Verónica Zondek (1953-), María Inés Zaldívar (1955-), Teresa Calderón (1955-) y Tomás Harris (1956-); también en poesía, debuta en los años '80 la corriente poética más importante del Chile contemporáneo a mi juicio, la de la poesía mapuche, con un libro de Leonel Lienlaf (1969-), *Se ha despertado el ave de mi corazón* (1989); y en el cine, que renace desde las cenizas (entre 1973 y 1978 se habían filmado en Chile apenas dos películas. Mouesca, *Plano secuencia...*, s.p.), con los trabajos de Silvio Caiozzi (1944-), Cristián Sánchez (1951-) y Carlos Flores (1944-).

Pero lo más significativo son las protestas antidictatoriales que se extienden desde el '82 al '86. Protestas que crecen durante aquel primer lustro de la década del '80 hasta transformarse en explosiones espléndidas de desobediencia antisistema y de simultánea prospección de un comienzo nuevo. Pero no únicamente eso, puesto que brilla también en los discursos que emiten estos actores sociales insurrectos no solo la frustración y la ira respecto de los abusos del régimen, sino el ensayo de un nuevo modo de enfrentarlo. Esto es visible en los manifiestos que desvisten a la diversidad sexual, como uno famoso de Pedro Lemebel (1952-2015) de 1986 (Lemebel, 1996), en las publicaciones periodísticas de espíritu alternativo (*Apsi, Hoy, Análisis, Cauce, Fortín Mapocho, La Época*) e incluso en las pancartas que agitan las y los protestantes (“democracia en el país y en la casa”). Pasión popular y ciudadana que hace que no sean pocos los que piensan que la sociedad civil se encuentra a las puertas de lograr *por sí misma* su liberación. Es en el curso de esta irrupción de una energía popular largamente contenida, con una conciencia y un lenguaje innovadores, que el proyecto feminista chileno se rearticula y relegitima. Julieta Kirkwood (1936-1985) es su exponente preclara.

A la producción durante la lucha contra la dictadura de una identidad y un lenguaje propios debemos atribuir nosotros el estilo literario de Kirkwood. Un estilo que se construye como una alternativa por un lado al discurso político de la izquierda sesentera, es decir, al lenguaje de sus predecesores, que a ella le sonaba a perorata gastada, y por el otro al discurso de la normatividad científica, según los hábitos de las ciencias sociales latinoamericanas de los mismos años. Para dejar atrás ambas rémoras, en el crepúsculo de su existencia vemos a Kirkwood atareada en el ensayo de una escritura que apela a una cuota de significación connotativa que ella sospecha que la denotativa oscurece. Esa escritura pone énfasis en la carga poética que Kirkwood siente que habita *también* en la palabra. De ahí sus relatos ejemplares (el de “La mujer de Calibán”, por ejemplo, en el que recoge, da

vuelta y pone sobre sus pies la interpretación que ofrece Aníbal Ponce del mito *shakespeareano*), sus metáforas maestras (los “nudos” de la sabiduría feminista), sus apóstrofes (“Usted Señora...”, “Ud. patriarca ridículo...”, “A Ud. patriarca entre los patriarcas...”), sus enumeraciones sin jerarquía ni puntuación (“espúreas feministas políticas clandestinas”), el abuso de los deícticos (“acá”, “allá”), los paralelismos antitéticos de construcción (“usted allá”, “nosotras acá”), las paranomasias y las rimas internas (“perfectas hijas nacidas madres meciendo niñas”), las parodias sarcásticas (“que no de rodillas vive el hombre...”) y en general los intertextos de la más variada procedencia<sup>2</sup>.

Kirkwood fue una mujer de su tiempo, pero no fue, no pudo ser, una mujer del tiempo que vino después. Murió el 8 de abril de 1985 y no llegó por eso a convertirse en testigo del desenlace que tuvieron sus esperanzas de emplazamiento en Chile de una democracia genuina.

Sabemos que el documento Bases de Sustentación del Régimen Democrático, suscrito por políticos profesionales pertenecientes a trece de los partidos de oposición a Pinochet y una especie de protoprograma de la que iba a ser posteriormente la coalición de gobierno, la Concertación de Partidos por la Democracia, se publicó en una inserción pagada del diario *El Mercurio* el 11 de septiembre de 1986. Por su parte, Rafael Otano, en sus *Crónica de la transición* (1995) y *Nueva crónica de la transición* (2006), afirma que el “kilómetro cero” del movimiento transicional fue un “seminario” de estudios al que convocó el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), un *front* del Partido Demócrata Cristiano y que con el título “Un sistema jurídico-político constitucional para Chile” tuvo lugar en el Hotel Tupahue de Santiago los días 27 y 28 de julio de 1984. Tampoco faltan los que retrotraen ese comienzo mítico aún más atrás, a un homenaje que le hicieron al patriarca democratacristiano Gabriel Valdés, en el Círculo Español de Santiago, a principios del ‘83, y al subsecuente Manifiesto Democrático, suscrito el 14 de marzo de ese año por gente que iba desde la derecha republicana hasta una fracción del socialismo.

Pero como quiera que sea, esos fueron los primeros adelantos hacia el perfil que Chile iba a mostrar a fines del siglo XX y comienzos del XXI. Un Chile en que el bullicioso reclamo de los movimientos sociales no contaba ya con el crédito de unos pocos años antes y al que retornaban en gloria y majestad los políticos de oficio, los

---

2. El único libro que Kirkwood publicó durante su vida es *Ser política en Chile, las feministas y los partidos*. Santiago de Chile. FLACSO, 1986. Póstumamente, han aparecido varias reediciones de ese libro, con el título *Ser política en Chile o los nudos de la sabiduría feminista*, así como también de sus artículos en colecciones que compilaron Sonia Montecino y Patricia Crespi.

políticos de la “clase política”, declarándose convencidos de que lo mejor que se podía hacer era pactar con Pinochet.

Eso hicieron, pactaron con Pinochet, y no precisamente a su pesar. El resultado son casi treinta años de postdictadura en los que lo esencial ha sido no el quiebre sino la continuidad con morigeraciones del *statu quo* anterior. Sigue en pie en el país el modelo económico privatizador y globalizante, en 2018 un tercio de la fuerza de trabajo está subempleada y sin protección social ninguna, nuestra Constitución es la de 1980 y en el espacio público se le hace el quite a cualquier discusión política de fondo sobre las cuestiones que preocupan al país de veras, privilegiándose en cambio los “acuerdos”, los que, como ha dicho bien Tomás Moulian, no son sino “la etapa superior del olvido” (Moulian, 37).

Provisto de una nutrida colección de amortiguadores que alivian o dicen que alivian su impacto lesivo sobre las condiciones de vida del pueblo y que frenan de ese modo el descontento, el modelo neoliberal goza hoy en Chile de una salud aún mejor que la que tenía hace treinta años. Correcta me parece, por consiguiente, la tesis que afirma que los gobiernos chilenos de la postdictadura, aparte de no haberse deshecho del legado del pinochetismo en el área económica, lo han extendido hacia áreas que se encontraban aún vírgenes, abriéndolas así no solo a la voracidad del empresariado doméstico sino también a la de las transnacionales y en todo el perímetro de lo que es rentable (en educación, pienso por ejemplo en las universidades del grupo estadounidense Laureate, cuyo arribo a Chile es posterior a Pinochet).

También ha habido algunos intentos de reforma, eso es justo consignarlo y atribuible al prurito morigerador. Por lo mismo, su profundidad ha sido acotada o, para usar la frase del presidente Patricio Aylwin, son reformas que han sido hechas “en la medida de lo posible”. Anoto a propósito las que se llevaron a cabo durante la presidencia de Ricardo Lagos (1938- ), como las que se le infligieron a la Constitución y las que acabaron con obscenidades tales como los senadores designados y la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas. Otras, como el fin del sistema electoral binominal, la recuperación por lo menos parcial de la gratuidad en educación, la unión civil entre personas del mismo sexo y la ley de aborto por tres causales se llevaron a cabo durante el segundo mandato de Michelle Bachelet (1951- ). Hay que reconocer además que la brutalidad por la libre ya no está, aun cuando eso no signifique que hayan desaparecido del todo las violaciones de los derechos humanos, las que son visibles en el trato que se le da a la disidencia mapuche y en el que se les está dando a los nuevos inmigrantes, sobre todo a los inmigrantes de color.

Sobreviven por otra parte las viejas prácticas antidemocráticas y eso porque la desconfianza en la capacidad de los ciudadanos para gobernarse parece ser un

dogma inamovible, lo que naturalmente conduce a minimizar la participación que estos debieran tener en las decisiones que conciernen a la vida en común. En cambio, proliferan los “expertos” en toda clase de cosas. Por mi parte, creo que la contraparte de la desconfianza en la capacidad ciudadana es la vieja confianza en la superioridad de las élites.

¿Por qué extrañarse entonces de que esta misma lógica sea la que domina en el campo de la cultura? ¿Que perduren en este campo muchos elementos de la ideología y el imaginario que quiso instalar Pinochet combinados con una democratización hecha a medias?

Para quien quiera oír noticias más optimistas que las mías, recomiendo el volumen *La cultura durante el período de la transición a la democracia 1990-2005*, publicado en 2006 por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. En la presentación de ese libro, que firma el ministro de entonces, José Weinstein, y sobre todo en el anexo sobre “políticas culturales”, el tono es de una autocomplacencia sin inhibiciones:

“en todas las disciplinas artísticas se detecta un aumento significativo en cantidad y calidad de creaciones y obras nacionales. Además, se hace evidente una renovación de los creadores, que se expresa en miles de jóvenes desplegando sus talentos y sus vocaciones y en un desarrollo de instituciones públicas y privadas comprometidas con la gestión cultural. Hay también más público para las distintas manifestaciones artísticas, y se experimenta una demanda creciente de arte y de cultura, especialmente en regiones distintas de la metropolitana” (Carrasco y Negrón, eds., 377).

No pierden la oportunidad de congratularse, asimismo, los colaboradores en ese volumen, por el acceso del “público” chileno a la televisión (93,8%) y a la radio (90,6%) y que “El 41,2% de la población mayor de 16 años utiliza Internet, especialmente como medio de comunicación (mail y chat)”, lo que “entre los sectores de escasos recursos” se da fundamentalmente “gracias a los cybercafés u otros lugares públicos (34,5%)” (Íd., 386). Reconocen, sin embargo, que “es preocupante el hecho de que el 60% de la población se limite a un consumo cultural de pobreza, es decir, a un consumo cultural marcado por la oferta de los medios de comunicación”, a lo que añaden que “se ha demostrado que estos consumos mínimos están asociados a falta de sociabilidad, menor valoración de la diversidad y menor valoración de la democracia como forma de gobierno” (Íd.). Pese a ello, no les parece que constituya una exageración aseverar que “una primavera cultural se ha instalado en el país en este cambio de siglo” (Íd., 377).

He ahí la voz oficial.

Ahora bien, yo no estoy diciendo aquí que la promoción de la cultura por parte de los gobiernos postdictatoriales sea inexistente. Hay al menos una “cierta” cultura que los gobiernos chilenos postdictatoriales han promovido con un entusiasmo musculoso y me refiero a la que se concreta en los festivales, en las conmemoraciones, en los espectáculos masivos de diverso tipo, mientras menos exigentes, mejor, y que por lo tanto reedita políticamente las inversiones que en ello se hacen. Celoso asimismo ha sido el resguardo del “patrimonio cultural de la Nación”, sobre todo si se trata no de financiar una edición crítica de las obras completas de Gabriela Mistral sino de reparar iglesias o casas patronales terremoteadas.

Tampoco afirmo que al margen de ese celo oficial no haya habido durante esta etapa emprendimientos culturales extraoficiales de valor. Un episodio equívoco, pero importante, en este sentido, durante la temprana postdictadura, entre 1991 y 1995, fue el de la “nueva narrativa chilena”, que promovió la editorial Planeta. Equívoco, porque esa fue una maniobra comercial flagrante que la apertura política facilitaba, pero que no obstante ello hizo posible que se publicaran una docena de novelas de incuestionable calidad. Entre ellas, *Mala onda* (1991) de Alberto Fuguet (1964- ), *Oír su voz* (1991) de Arturo Fontaine (1952- ), *Machos tristes* (1991) de Darío Oses (1949- ), *Cobro revertido* (1992) de José Leandro Urbina (1948- ), *Morir en Berlín* (1993) de Carlos Cerda (1942- ) y *El palacio de la risa* (1995) de Germán Marín (1934- ). Y lo mejor de la producción de Roberto Bolaño (1953-2003), el cuarto gran novelista de la historia de Chile, aparece después de la salida de Pinochet de La Moneda (*Los detectives salvajes* es de 1998). Hacia adelante, me parece que habría que hacerle un lugar al advenimiento de una narrativa más joven, la que debuta en 1996 con la publicación de *En voz baja*, de Alejandra Costamagna (1970- ), una novela a la que han seguido otras no menos buenas de autores como Nona Fernández (1971- ), Alejandro Zambra (1975- ) y Álvaro Bisama (1975- ). Finalmente, la mejor poesía chilena actual es la mapuche y en su archivo se cuentan autores de la calidad del mencionado Leonel Lienlaf (1969- ), Elicura Chihuailaf (1952- ) y Jaime Huenún (1967- ).

Agrego a esto que el cine chileno no había conocido un florecimiento como el de hoy, a través del trabajo de directores como Pablo Larraín (1976- ), Matías Bize (1979- ) o Sebastián Lelio (1974- ).

No tan lozano se ve el campo editorial: las transnacionales del libro siguen allí haciendo lo suyo, o sea, privilegiando lo que se vende bien y rápido (una excepción es el Fondo de Cultura Económica, que en general ha mantenido un catálogo de excelencia), mientras que las editoriales universitarias languidecen (salvo quizás las ediciones de la Universidad Diego Portales) y los editores independientes batallan para sobrevivir. Entre estos últimos, LOM Editores y en menor medida Catalonia y Cuarto Propio son ejemplos citables. Un caso especial es el de las pequeñas editoriales independientes, las de la “Furia del libro”, que son numerosas aunque de alcance limitado.

Pero ese panorama grisáceo de las editoriales convive con otro panorama que es definitivamente oscuro. No obstante algunas iniciativas gubernamentales de mejores intenciones que eficacia (la “Ley del libro” del ‘93, “Viva leer” del ‘99, “El libro cambia tu vida” de 2002, “Chile quiere leer” del 2004, “Quijotes de la lectura” de 2005, el “Maletín literario” del primer gobierno de Michelle Bachelet y la “Política Nacional del Libro y la Lectura” del segundo), los indicadores de lectura del país continúan por los suelos. Por ejemplo, en septiembre de 2013 el Centro de Microdatos de la Universidad de Chile dio a conocer un estudio según el cual un 44% de los chilenos entre los quince y los veinticuatro años padece de analfabetismo funcional en lectura de textos, un 42% en lectura de documentos y un 51% en el área cuantitativa. El informe, que encargó la Cámara Chilena de la Construcción, agregaba que para poder comunicarles sus recomendaciones de seguridad a los trabajadores, los *managers* del rubro se habían visto en la obligación de recurrir al empleo del dibujo. Mirando esas figuritas dibujadas en distintas situaciones era como los obreros chilenos de la construcción llegaban a enterarse de lo que tenían que saber para evitar accidentes.

Más abarcador había sido un estudio previo, de la Fundación La Fuente/ Adimark, de 2010, que comprobó que el 47,2% de los chilenos mayores de dieciocho años eran “lectores” y el 52,8% “no lectores”, añadiendo que los del primer grupo se dividían en “lectores frecuentes” (los que leen libros una vez por semana), que eran el 26%, y “ocasionales” (los que leen libros alguna vez en el año o alguna vez en el mes), que eran el 21%. Respecto del 52, 8% de los no lectores, el 46% de ellos no leía “nunca” y el 7% “casi nunca”. De un modo todavía más contundente, una encuesta de 2011 del ya mencionado Centro de Microdatos de la Universidad de Chile mostró que apenas un 3% de la población del país lograba evaluar críticamente o formular hipótesis derivadas de conocimientos especializados en relación con el tema del texto que leían, mientras que el 84% no lograba una comprensión adecuada de textos largos y complejos.

Finalmente, cito aquí una estadística de 2018: a nivel de la enseñanza superior, el promedio que en el área de lenguaje obtuvieron los alumnos provenientes de los colegios públicos-municipales en la Prueba de Selección Universitaria (PSU) de fines del año anterior fue de 474 puntos, cuando el máximo es de 850 y el mínimo exigido por las universidades del Consejo de Rectores para concederles admisión a sus postulantes es de 500 (los postulantes que provenían de colegios particulares subvencionados promediaron 508 y los de los particulares pagados 597, reflejándose en ello las diferencias entre las clases sociales). En la misma prueba, frente a 151 “puntajes nacionales”, 117 fueron en matemáticas, 14 en historia y nueve en lenguaje y comunicación. Agréguese a lo anterior las respuestas dadas a una pregunta de la encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP), un organismo

ligado a la derecha liberal, de agosto de 2012, respecto a “lectura de noticias sobre política”: el 49% de los interrogados manifestó no leerlas; el 38% hacerlo algunas veces, y solo el 13% frecuentemente.

¿Qué deduzco yo de todo esto? Deduzco que Chile adolece de un déficit cultural serio y respecto del cual me considero en condiciones de asegurarle al lector que él es inversamente proporcional al nivel de maduración que ha alcanzado la opción privatizadora y globalizante que se viene implementando en el país desde 1973. Un capitalismo que ha acatado el papel de segundo orden que le asigna la globalización, limitándose a exportar materias primas y a importar todo lo demás, no necesita una población educada. *No le hace falta*. Y tampoco genera ese capitalismo una cultura ciudadana porque *desconfía por principio del esfuerzo social*. Esto, que para los militares no era un problema, debió serlo para quienes vinieron después, pero no lo fue.

Porque como es bien sabido, el capitalismo lo permea todo, desde la extracción minera y el cultivo y cosecha de la fruta hasta las relaciones interpersonales en la vida diaria. Así, el régimen económico actual de Chile, que exacerba hasta el delirio las proclividades degenerativas del sistema, funciona, tiene que funcionar, en una estrecha asociación con sus correlatos de cultura o, mejor dicho, a través de una asociación que apuesta a la legitimidad tanto como a la creación y recreación del capitalismo gracias la conversión de sus paradigmas en materia de sentido común. La encuesta CEP de 2012 a la que me referí más arriba, esa que hablaba de un 49% de chilenos que no leían noticias sobre política, informaba en otro de sus apartados que solo un 50% de la población con derecho a voto tenía intenciones de ejercerlo en las elecciones municipales de octubre de 2012. Pues bien, cinco años después, en la elección presidencial de 2017, en primera vuelta se abstuvo el 55% de los votantes posibles y en la segunda, el 48,8%. Tenemos pues una comunidad nacional en cuyo interior la mitad de quienes la forman no lee ni vota. Votan en Chile los que leen, o sea (y esto en el mejor de los casos) el 50% más o menos informado y que también es, ¡cómo no!, el 50% de arriba en el ordenamiento de las clases sociales.

Los viejos anarquistas y los viejos socialistas eran conscientes del poder que confiere la letra para las tareas de la emancipación. Libros y sobre todo periódicos obreros se publicaron y circularon a fines del siglo XIX y comienzos del XX de mano en mano en los países del Cono Sur de América, de un lector a otro e incluso de un país a otro, sumergidos en el fondo de los lustrines o de las cajas de herramientas y sin que los guardias fronterizos se percataran de su existencia; los leían los que estaban habilitados para hacerlo mientras los otros escuchaban lo que les transmitían aquellos que habían aprendido a leer. En el Chile de la Unidad Popular, entre 1971 y 1973, la Editorial Quimantú publicó por su parte 12.000.093 libros con 247 títulos diferentes en poco más de dos años y de los cuales cuando se produce el golpe de Estado se habían vendido 11.164.000, casi todos en los kioscos de periódicos y a un precio que cualquier trabajador podía permitirse. ¿Por

qué, me pregunto yo, el progresismo chileno ha renunciado a esta herencia? ¿Acaso se creyeron el cuento liberal, el que les decía que llegamos a este mundo enteros, autosuficientes, y que por lo tanto no nos hace falta nada más? ¿O es que se creyeron el cuento postmoderno, más liberal que el liberal, el que opina que el “subalterno” puede y debe hablar por y desde sí prescindiendo de cualquier intermediario?

Tenemos pues perfecto derecho a preguntarnos si no será que los actuales dueños del poder en Chile están resucitando el temor de los viejos, la sospecha de que un pueblo mejor educado y más culto va a dejar de ser el pueblo dócilmente trabajador que ellos necesitan para llevar a puerto cualquiera sea su proyecto de país. Porque parece que esas personas siguen pensando en una sociedad ideal compuesta por gente que manda y por gente que obedece, la primera habiendo sido educada hasta el máximo de sus potencialidades para los fines superiores que Dios o el destino le fijaron, y la segunda solo en el mínimo necesario, o sea, habiendo sido educada solo para los fines inferiores que Dios o el destino les asignó. Y de lo demás..., bueno, que de lo demás se ocupe la televisión.

O sea, que las conciencias de los “otros” las llene la banalización, la superficialización, la estupidización y el envilecimiento, configurándose de ese modo la que es, la que ha sido, entre nosotros, durante los últimos cuarenta años, la estrategia favorita de las políticas culturales. Pinochet tuvo una política cultural, según creo haberlo mostrado en páginas anteriores, la que se movió entre el nacionalismo autoritario, con toda la fanfarria de los desfiles militares, el folklore oligárquico, los saludos a la bandera y una canción nacional a la que se le repusieron versos alusivos a los “valientes soldados de Chile” que no se habían cantado desde hacía cien años, y la banalidad mediática, la de las “ideologías livianas”, como suele decirse, con pretensiones globalizantes y orientada esencialmente hacia el consumo.

Los años de la postdictadura han visto la atenuación (no la desaparición) de la primera de esas dos líneas y la mantención y expansión enardecida de la segunda. El resultado es la poca política y la mucha farándula, constituyéndose esta última en la norma para quienes administran tales asuntos y que suelen ser, muy consecuentemente, personalidades conspicuas del mundo del espectáculo. Bolaño, que como ya dije es el mejor novelista chileno de fines del siglo XX y principios del XXI, lo manifestó desconsoladamente: “a veces tengo la impresión fatal de que el 11 de septiembre nos ha amaestrado de forma irreversible” (Bolaño, 82). El autor de *Los detectives salvajes* sabía de qué estaba hablando. De hecho, en la gran mayoría de los medios periodísticos chilenos la sección de “cultura” ya no existe; lo que existe es una sección de “cultura y espectáculos”. Se entiende así que hoy sea más fácil pasar desde el protagonismo de una teleserie a la cabeza del ministerio de Cultura que hacerlo desde una universidad o desde algún centro de estudios avanzados. El Chile postdictatorial es, ha sido, al fin de cuentas, en esto como en todo lo demás, menos un desarticulador de los desatinos de Pinochet que su enamorado discípulo.

## REFERENCIAS

*Apsi* (21 de octubre al 3 de septiembre de 1991).

Beyer, Harald, Bárbara Eyzaguirre y Loreto Fontaine. “La reforma educacional chilena editado por Juan Eduardo García Huidobro”. *Perspectivas*, 2 (2001), 289-314.

Bolaño, Roberto. “Una proposición modesta” en *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Ignacio Echeverría, ed. Barcelona. Anagrama, 2004.

Carrasco, Eduardo y Bárbara Negrón, eds. *La cultura durante el período de la transición a la democracia 1990-2005*. Santiago de Chile. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2006.

Errázuriz, Luis Hernán y Gonzalo Leiva Quijada. *El golpe estético. Dictadura militar en Chile 1973-1989*. Santiago de Chile. Ocho libros, 2012.

Falabella, Alejandra. “El mercado escolar en Chile y el surgimiento de la nueva gestión pública: el tejido de la política entre la dictadura neoliberal y los gobiernos de la centroizquierda (1979-2009)”. *Educação & Sociedade*, 132 (2015).

Ffrench-Davis, Ricardo. *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad. Tres décadas de política económica en Chile*. 3ª ed. aumentada y actualizada. Santiago de Chile. Comunicaciones Noreste Ltda. y LOM, 2003.

*Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. En línea: <http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/informe-rettig.htm>

Junta Militar. *Declaración de principios del Gobierno de Chile*. Santiago de Chile. Gabriela Mistral, 1974.

Lemebel, Pedro. “Manifiesto. Hablo por mi diferencia” en *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago de Chile. LOM, 1996, pp.83-90.

Mouesca, Jacqueline. *Plano secuencia de la memoria de Chile. Veinticinco años de cine chileno 1960-1985*. Santiago de Chile. Ediciones de Litoral, 1988.

Moulian, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile. ARCIS y LOM, 1997.

Pinochet, Augusto. “Carta al ministro de Educación”. *El Mercurio* (6 de marzo de 1979).